

Sus piés apenas tocaban en tierra, pues parecia que tuvieran alas como los piés del antiguo dios Mercurio. Sin sangre y sin carnes, el temperamento nervioso-bilioso le disponia para las grandes cosas y le daba una voluntad firmísima. Aunque le perseguia y le molestaba mucho el reuma, curábasele con queso parmesano, gran preservativo, segun él, y gran calmante contra esta enfermedad enfadosa. Poseia las dos cualidades, que adornan y brillan las inteligencias, el amor al estudio y la retentiva necesaria para guardar y conservar lo estudiado. Así, recitaba casi de memoria las antiguas escrituras, los Santos Evangelios; y sobre todo, el angélico maestro, el divino Santo Tomás. Todo cuanto de lacónico tenia en las conversaciones privadas, tenia de abundante y elocuentísimo al hablar en público. Los mas profundos pensamientos salian de sus labios á borbotones, en las mas puras formas encerrados. La variedad de sus conocimientos solo se podia comparar con la riqueza de su palabra; y la soberbia de su actitud provenia de que, en una sociedad corrompida, estaba entre los pocos capaces de presentar un proceder sin vacilaciones y una vida sin manchas.

Ningun hombre tan vehemente para querer ni tan constante en lo querido y amado. No solo por la dignidad, que habia conseguido, por sus facultades naturales, creíase de pecado y aun error exento. A nadie pedia por tanto consejo y de nadie toleraba ni la mas humilde advertencia. Contradecirle de alguna manera equivalia en su concepto á faltarle de todo en todo. Quien jamás oyera observaciones, mal podia tolerar la contradiccion ni caer en la disputa. Pagado de su autoridad, como un Gregorio VII y un Inocencio III, apenas veia hormigear á los pueblos desde las alturas celestiales y divinas donde se creia erigido por la Iglesia en dictador de las almas. Toda la oligárquica y terrible aristocracia del Sacro Colegio habia desaparecido en su pensamiento absoluto, en su voluntad firmísima, en su persona despótica, en su mando supremo, en sus órdenes que parecian firmanes sultánicos, en el absolutismo de su tiara tan autoritaria como la majestad despótica de los reyes absolutos recién estatuida sobre las ruinas del régimen militar en todos los Estados y reinos de la moderna Europa. Paulo IV era, como Pontífice y como Rey, lo que se llamaba entonces un absoluto monarca. Con grande orden y concierto en todo lo relativo á su vida pública, tenia gran desorden y

desconcierto en los actos mas usuales y lícitos de su vida privada. No comia jamás á una hora fija; ni bebia con medida y con tasa. Cenaba cuando bien le parecia y tomaba vinos ú otras bebidas en cuanto se lo decian el capricho y el gusto. Preferia bebidas espesas que podian cortarse y que semejaban viandas, gustándole sobremanera para refrescar y lavar la boca el vino tan reputado con el nombre de malvasía. Sus comidas resultaban banquetes, durando tres horas y componiéndose de veinticinco platos. Tan desordenado era en su dormir, como en el comer y en el beber. No se acostaba jamás á una hora fija, sino cuando se lo imponia el sueño y se le cerraban los ojos, ora fuese de tarde, ora de mañana, ora de noche. Jamás consintió en tener ayuda de cámara para vestirse, ni auxiliar alguno para colocarse sus insignias y ropas pontificias. Aunque cenara y comiera en público, levantábase de la cama en secreto, y no consentia que nadie á su alcoba entrara sino despues de haber sonado la campanilla tres veces. Perdía mucho tiempo en las audiencias y las daba con liberalidad. Pero ¡ay de aquel que osase interrumpirle! O recibia un castigo cruel, ó estaba, por lo menos, seguro de no alcanzar ningun favor. Precisaba una grande penetracion para comprender y adivinar cuando se ponía su pensamiento y su voluntad en conjuncion necesaria para soltar algun favor. Sobre todo, necesitaban los pretendientes conocer las palabras mas dulces á su oido y mas gratas á su ánimo, cuidando de su pureza y de su correccion, pues si nada concedia de suyo á las pretensiones inoportunas, menos aun concedia cuando claudicaban por la expresion gramatical. Sacrificaba toda su vida y todos sus dias, él, antiguo penitente, austero teatino, á los grandes negocios del Estado. Pero el jueves de cada semana, se los embargaba por entero la inquisicion, de la cual tenia un alto concepto y esperaba grandes resultados. A pesar de la universalidad, á que aspiraba en su pontificado, aborrecia de muerte á los españoles, por creerlos fruto de semilla judía y mahometana, muy venenoso para la cristiandad y para la Iglesia. Odiaba tambien al Austria por su poder, á Inglaterra por su revolucion, á Suiza por sus cantones calvinistas, á Germania por sus ideas religiosas, amando con amor exaltado á Italia, en la cual decia que solo quedaban dos cosas de provecho, una tiara y un gorro, la tiara de Roma y el gorro de Venecia, para cuyas dos insignias queria el afecto y amis-

tad de Francia en su odio inveterado al imperio austriaco y á la nacion española.

Las ideas mas altas y las energías mas fuertes concluyen por frustrarse cuando no las anima el espíritu general de un siglo. No basta con que un hombre, colocado si quereis en las mas altas cimas sociales, en el trono de los Pontífices ó en el trono de los Césares, quiera con un pensamiento que ha removido los pueblos pasados, remover á los pueblos de su tiempo, cuando tal motor ha perdido toda su virtud y toda su eficacia, incapacitado ya de tener el antiguo esfuerzo y de prestar el antiguo impulso. Una misma era la idea de Gregorio VII y de Bonifacio VIII; una misma era la idea de Gregorio VII y de Paulo IV; pero no eran unos mismos los tiempos. A las puertas de Roma, en son de guerra, llegaron allá por el siglo undécimo los Reyes de la tierra, rebelados, y aun pusieron cerco á la Ciudad Santa, eterna capital del Catolicismo. Pero los que cometieran tal desacato, experimentando en su corazon los pinchazos de los agudos remordimientos de su conciencia, y viendo en los aires los ángeles vengadores del Papa con sus flamíferas espadas de castigo, íbanse descalzos, macerados, á hacer penitencia en los desiertos inmensos, y á rescatar Jerusalem de su cautiverio tan solo para ofrecer á Roma esa prenda de arrepentimiento y ese título de perdon. Pero dos siglos mas tarde, las ideas han cambiado por completo; los Reyes han creído que no basta para la vida del mundo la gracia de la religion, sino que tambien se necesita la justicia y la fuerza del Estado; y en tal situacion arremeten contra el Pontífice cuando el Pontífice los contraría y ponen sobre su mejilla con férreo guantelete el bofetón de Agnani sin que la tierra se desquicie ni se caigan los cielos, porque ha cambiado de todo en todo el interior de la conciencia. Gregorio VII al dirigirse contra el Emperador de Alemania le arrancaba la tierra bajo los piés y la respiracion vital en el pecho, poniendo en su contra todas las potestades así de la naturaleza como de la sociedad y obligándole á desceñirse un cetro y un manto destrozados por los rayos de la excomunion pontificia, y á reclamar una indulgencia que lo reponga en su autoridad y en sus derechos; mientras Paulo IV, al dirigirse contra ese mismo Emperador de Alemania cinco siglos mas tarde, le ve llegar sí, pero airado y soberbio con desafíos en vez de penitencias, dispuesto á renovar el

saco de Roma y á tratarlo cual no lo trataran Alarico y Atila, en nombre de la nacion española, es decir, en nombre de la nacion mas católica de todo el Universo. Nada resiste al cambio de las ideas en el espíritu universal de las sociedades y de los siglos. Tal tierra, seca y arenosa cuando las aguas del Océano descienden rápidas en su necesario reflujo, agítase luego á los embates del oleaje férvido en las mareas altas, y donde reinaba el silencio, reina el fragor de las arremolinadas espumas, y donde reinaba la soledad, reina el tempestuoso hervidero de la vida. Una voz, que no resuena en el mundo á tiempo, bien pronto se pierde como la resonancia inútil de los vanos ecos; mientras una voz en consonancia con el espíritu de su tiempo, suscita generaciones dispuestas al combate y al martirio como si tuviera el don milagroso de fecundar los podridos sepulcros y de resucitar á los olvidados muertos. No puede negarse que las civilizaciones antiguas pretendian gobernar el mundo por una idea científica y una idea jurídica muy altas y muy humanas. El estoicismo, resumen y aplicacion moral de toda la filosofía griega; el derecho, compendio de todos los principios allegados por el espíritu romano, tenían títulos y sobrados, medios y muchos, para regir las sociedades humanas y continuar el movimiento universal. Así lo pensaban y lo creían Emperadores del valor de Marco Aurelio, poetas de la inspiracion de Virgilio, filósofos del genio de Plotino, quienes, al convertir la moral en política y la política en moral, al predicar la religion del derecho personificada en la Ciudad Eterna, y al difundir la idea de la divinidad del verbo platónico, pugnan, si se quiere, instintiva, indeliberada, pero fuerte y vigorosamente por evitar que unas cuantas nociones orientales, obra de un pueblo á la sazón no menos aborrecido que ahora, obra del pueblo judío, destrozasen la mas alta civilizacion occidental conocida hasta entonces y demostrada por el genio de Atenas y por el poder de Roma. Y no pudiendo lograr su intento por oponerse á voces la conciencia universal, que pidiendo en sus angustias otras ideas, forjaba con estas ideas otro mundo.

Toda la energía de voluntad que puede alcanzar un hombre alcanzábala con explosiones dignas de cualquier fuerza cósmica el Pontífice Paulo IV. Su actividad rayaba casi en violencia; y su pensamiento se convertía dentro de aquel espíritu invasor en verdadero dogma. Tenía el orgullo rayano con

la soberbia y la soberbia rayana con la vehemencia. Sentíase grande por sí mismo, y además de sentirse grande por sí mismo, sentíase grande por el ministerio pontificio que desempeñaba y ejercía como una delegación del Eterno sobre los espacios del planeta terrestre y sobre los hombros del humano linaje. Aquel hombre sabía odiar y no querer, y su odio estallaba en cóleras tan tenaces que al fin y al cabo tomaban el subido color de una continua ira. El terrible duque de Alba contaba, él, acostumbrado á ver cara á cara los mas furiosos enemigos en las mas sangrientas batallas, que jamás el ceño de ningun hombre le asustara; y hasta helarlo de miedo le asustó el ceño de Paulo IV. En efecto, el Papa, en su brutal violencia, hubiera querido tener un rostro como el de aquellos antiguos dioses, que derribaban en tierra muertos á cuantos se atrevían mirarlos. El Vaticano, en su concepto, debía brillar como brillaba el alto Sinaí, por sus relámpagos y por sus rayos. Así, abofeteó una vez al gobernador de Roma; dió de puntapiés al cardenal de San Jacobo; injurió al embajador de Toscana; apodó marrano, en presencia de quien pudiera contárselo, al Rey de España; mesó las barbas al embajador de Ragusa; llamó hijo del diablo al duque Cosme de Toscana; reivindicó el derecho de hollar con sus plantas á los Reyes y príncipes del mundo; reclamó la Gran Bretaña como un feudo del poder pontificio; y negóse á reconocer la imperial autoridad de D. Fernando de Castilla en Alemania por no haberle consultado la cesión de su corona Carlos V, siendo como era en su concepto el sacro imperio romano un simple ministerio eclesiástico: que jamás se asentó un Papa tan violento y soberbio en la Sede sacratísima de San Pedro. La pasión culminante de Paulo era el odio á los españoles. No podía perdonarles que dominaran con soberano dominio en Nápoles, su patria. Desde los comienzos de su pontificado, resolvió combatirlos, y para combatirlos no pensó ni en los aliados ni en los medios, pareciéndole todos buenos, con tal que condujesen al fin. El sacerdote cristiano se convirtió en monarca temporal; su palacio se hizo el centro de todos los negocios humanos; brillante corte rodeaba con sus esplendores á quien se vió en otro tiempo rodeado de penitentes y de solitarios; comidas continuas divertían á quien hiciera tantos votos de humildad y de pobreza; entre los espesos vapores de volcánico napolitano brebaje, declaraba guerra terrible á España y

convenía en aliarse contra España, con el luterano Elector de Brandeburgo y hasta con el infiel Sultán de Constantinopla. En su ira, prendió á todos los cardenales partidarios del Emperador Carlos V y anudó su célebre alianza con los franceses, amigos por aquel tiempo y sazón, á causa de sus necesidades políticas, amigos, mas ó menos sinceros, pero amigos al fin, del movimiento luterano. Bien es verdad que Paulo IV no se curaba del estado religioso, importándole poco servir la causa de Lutero si la causa de Lutero deservía los intereses de España. Sus fiscales canónicos, encargados de las cosas eclesiásticas, escribieron acusaciones contra Carlos V y Felipe II, amenazándolos con la excomunión y el entredicho. Las provocaciones tomaron tal intensidad que todo un duque de Alba, mas papista que su Papa ciertamente, rompió en guerra por la frontera napolitana y amenazó de invasión á los Estados pontificios. Era de ver el demente gozo con que recibió tal noticia Paulo IV. Las ventanas del palacio Vaticano se abrieron y rostros regocijados se mostraron en todas ellas para ver cómo pasaban por delante del castillo de San Angelo, ardiendo en salvas, é iban á la plaza de San Pedro, poblada de curiosos entusiastas, las trescientas cuarenta filas de arcabuceros y las doscientas cincuenta de lanceros dirigidas por nobles enjaezados como sus caballos, con las mejores preseas; encabezadas por pendones de varios matices y bordados; vestidas con relucientes armaduras; todo lo cual daba de suyo á los soldados pontificios un aspecto artístico, muy propio para los espectáculos de teatro, pero impropio de todo punto para los azares del combate. Y en efecto, bastó que los españoles se aproximasen á los romanos muros y metiesen un vano ruido para que toda la tropa, bendecida y santificada por las augustas y sacras manos del Papa, se disipase como tenue lluvia esmaltada por el iris ó como leve ola disipada y desvanecida en los mares.

Quizás el saco de Roma se repitiera en aquella sazón si el duque de Alba no experimentara el terror propio de un católico ante la majestad del catolicismo, y no quisiera quitarle al Papa de las manos la espada del combate sin detrimento de su cetro de monarca y de su anillo de pescador. Pocas veces ha dado un espectáculo tan curioso el mundo como este de las guerras entre un general tan papista como el duque el Alba y un Papa